

6 de octubre de 2026

Discurso de aceptación en la ceremonia de entrega de la V Edición de los Premios y Ayudas CSIC – Fundación BBVA de Comunicación Científica

Josep Corbella

Estimada presidenta del CSIC, estimado director de la Fundación BBVA, secretaria general de Investigación, profesor Briones, compañeros becados, amigos, colegas, quiero empezar dando las gracias, en nombre de La Vanguardia y en el mío propio, a la Fundación BBVA y al CSIC, por una larga trayectoria de apoyo a la comunicación científica y por mantener este apoyo en un momento en que la ciencia está siendo cuestionada y atacada de manera creciente desde varios frentes.

Está siendo atacada desde el poder político por parte de ideologías irracionalistas, como estamos viendo de manera dramática en Estados Unidos. Desde el poder económico por parte de empresas que han conseguido posiciones dominantes, como en el caso de la red social X. Y la ciencia se está viendo debilitada también, digámoslo todo, por la pasividad de los ciudadanos, que muchas veces preferimos la distracción a la concentración y la gratificación inmediata a la recompensa del esfuerzo.

Precisamente porque el contexto actual es adverso, más adverso que en ningún otro momento de los últimos 500 años, por lo menos desde el inicio de la Revolución Científica en el siglo XVI, conviene recordar por qué es importante apoyar la comunicación científica y defenderla públicamente sin complejos.

La primera función de la comunicación de la ciencia es de divulgación, en el sentido de contribuir al conocimiento. A saber quiénes somos, de qué estamos hechos, de células, moléculas, átomos, partículas, quiénes fueron nuestros ancestros, cómo surgió la vida en la Tierra, y qué hubo antes, y qué habrá después. Este conocimiento hace que la experiencia humana sea más rica, pero es incompleto, y además es prescindible. Se puede vivir perfectamente sin saber nada de todo esto.

Una segunda función, que en La Vanguardia consideramos prioritaria, es ayudar a los ciudadanos a tomar decisiones sobre cuestiones que les afectan. Decisiones para mantener una buena salud, por ejemplo, o para prevenir o detectar precozmente enfermedades. O sobre qué podemos hacer cada uno de

6 de octubre de 2026

nosotros a nivel individual para proteger el medio ambiente. O decisiones sobre cómo gestionar nuestras finanzas basadas en la ciencia económica.

Pero hay una tercera función de la comunicación científica aún más importante. La más importante de todas. Es la de transmitir una manera de razonar para contribuir a la reflexión colectiva. Porque la ciencia es el lenguaje común de personas que tenemos opiniones, valores y caracteres diferentes. Es un lenguaje de consenso que nos permite ponernos de acuerdo sobre datos y razonamientos reproducibles y comprobables. Si una sociedad cuestiona las evidencias científicas, y descuida la comunicación científica, se está privando de este lenguaje de consenso y le será más difícil, si no imposible, resolver sus conflictos.

Los profesionales de la comunicación científica tenemos la responsabilidad de contribuir al bien común velando por estas tres funciones. Divulgación, decisiones individuales y reflexión colectiva. No es fácil en un momento en que el hábito de leer textos largos, que requieren una atención sostenida, está en retroceso y el consumo de mensajes breves en formatos audiovisuales está en auge. Pero tenemos algo muy importante a favor: la mayoría de los ciudadanos declaran tener interés por la ciencia, como muestra el último estudio de la Fundación BBVA sobre Cultura Científica en España.

Tenemos un gran reto ante nosotros. Tenemos que dar respuesta a este interés por la ciencia en lenguajes adaptados a los hábitos de consumo de información de los ciudadanos, y hacerlo sin sacrificar los matices inherentes al razonamiento científico. Rendirse porque es difícil no es una opción. O somos capaces de transmitir los mensajes en lenguajes atractivos o los mensajes no serán escuchados.

Gracias por su atención.